

santa Teresa los conventos de Medina del Campo, Malagon, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Serena, Palencia, Soria, Burgos y Granada. Mas no se pueden ponderar las maravillas que intervinieron en todas estas fundaciones. ¡Qué prodigios de confianza, de mortificaciones, de zelo, de paciencia para llevar adelante sus proyectos en medio de tantas contradicciones, y con la precision de tantos viajes!

No le costó menos la reforma de los frailes que la de las monjas. Los mismos estorbos tuvo que vencer, las mismas dificultades que superar; pero á todo fué superior su magnanimidad y su gran confianza en el Señor. Echaron los padres fray Antonio de Heredia y san Juan de la Cruz. Despues que la santa les dió los estatutos que habian de observar, los acompañó á Valladolid, donde tomaron el hábito de reforma, y los envió á Duruelo. El dia 30 de noviembre del año 1568 tuvo principio la reforma de los carmelitas descalzos, que, animados de aquel espíritu interior que les dejó su santa madre, dan á la Iglesia tanto honor con su ejemplar observancia, con el resplandor cada dia mas brillante de tantas religiosas virtudes, y con aquel apostólico zelo que, pasando al otro lado de los mares, añade continuamente nuevas conquistas á Jesucristo en medio de los infieles.

Aunque obraba Dios tantos prodigios por medio de nuestra Teresa, no se limitaban precisamente á ellos los dones que recibia del cielo. No hubo santa ni mas ilustrada en los caminos de Dios, ni que poseyese la ciencia de los santos en mas elevado grado de perfeccion, ni que fuese dotada de mas claras luces, ni de mas celestial sabiduria; todo sobre el sólido cimiento de una profunda humildad. En virtud de esto, solo por pura obediencia á sus confesores, dió al público

tantas maravillas. Lo primero que la obligaron á escribir fué la historia de su vida, y no fué este el menor sacrificio que hizo en ella. Compuso despues el *tratado de la perfeccion* por orden de su confesor; el cual le mandó tambien que escribiese la historia de las *fundaciones de sus conventos*. A esta se siguió *el castillo del alma*; el *tratado de los pensamientos del amor de Dios, sobre el Cántico de los cánticos*: obra admirable, que su profunda humildad condenó al fuego, y solo se pudo salvar de las llamas un trozo de la primera parte, que se encontró en la celda de una religiosa, la cual habia copiado de su mano para su uso. Las demás obras de la santa son: *El camino de la perfeccion*: *Instrucciones sobre la oracion mental*: *Meditaciones para despues de la comunión*; y la coleccion de sus *Cartas*. Todas estas obras son á un mismo tiempo el mejor panegirico de su excelente entendimiento, el mas vivo retrato de las sublimes virtudes de su abrasado corazon, y un inestimable tesoro con que el Espíritu Santo quiso enriquecer á su Iglesia.

Pero lo mas admirable fué que aquella vida activa y laboriosa jamás alteró en ella el espíritu ni el recogimiento interior, sirviendo la multitud de ocupaciones exteriores para encender mas y mas el divino amoroso fuego que inflamaba su abrasado corazon. Tan recogida en los caminos como en la celda; y semejante á los ángeles, que nunca pierden de vista á su Dios mientras hacen aquello para que fueron enviados, igualmente estaba unida á su celestial Esposo en el tumulto de tantas ocupaciones, que en el silencioso retiro de su oratorio. No parece fácil amar á Dios ni con mayor ardor, ni con mayor ternura, ni con mayor fidelidad; por lo que tampoco es fácil comprender cuanto era correspondida del mismo Dios. Las visiones celestiales llenas del mayor consuelo eran ya en Teresa como ordinarias. Oyó un dia una voz que le decia: *Hija*

*mia, yo te di á mi Hijo y al Espíritu Santo por esposo; á mi querida hija la Virgen por madre tuya; ¿qué podrás tú retribuirme por tan gran favor? Otro día vió junto á sí un serafin, que con un dardo de fuego le traspasaba el corazon, quedando despues pasmada y enajenada por espacio de dos ó tres horas. En cierta ocasion en uno de sus éxtasis se la oyó exclamar: *Divino esposo mio, ó ensanchad mi corazon, ó limitad vuestros favores.* A su encendido amor igualaba su insaciable deseo de padecer. El acto de amor que repetia mas, y que fué como su particular divisa, era este: *Aut pati, aut mori*: ó padecer ó morir. En fin, no se puede reducir á la estrechez de un compendio una vida tan portentosa.*

Conociendo la santa que cada día se iba debilitando mas, escribió á la mayor parte de sus conventos, dándoles aquellos saludables consejos que mas convenian á cada uno; pero á todos les encomienda la exacta observancia de las reglas mas menudas, el frecuente y constante ejercicio de la oracion, y el juntar siempre con el espíritu interior el de la continua mortificacion. Exhorta á todas sus hijas á que procuren inflamarse en el mas puro amor de Jesucristo, dedicándose á hacerse dignas esposas suyas; quiere que todas amen á la santísima Virgen como á su querida madre; y señala por protector de toda la órden al patriarca san José. Encárgales á todas una santa simplicidad, y quiere se destierre para siempre de toda carmelita todo estudio ajeno de una mujer. *Antes que se me olvide*, escribe á la priora del convento de Sevilla, *muy buena está la carta del padre Mariano si no tuviera latin. No permita Dios que mis hijas tengan la vanidad de ser latinas. No lo consienta otra vez, ni le suceda. Mas quiero que tengan la ambicion de parecer sencillas é ignorantes, como muchas santas, que de querer ser retóricas.*

El año de 1582, día de san Mateo, entró en Alba, oprimida y consumida de males; pero comulgaba todos los días con tal fervor, que no se reconocia en ella su debilidad. Sobrevinole el día de san Miguel un flujo de sangre que la obligó á meterse en cama, y pasó toda aquella noche y el día siguiente en muy fervorosa oracion. El primer día de octubre mandó que llamasen al padre fray Antonio de Jesus para confesarse. Preguntóle este padre si, en caso de morir, queria que su cuerpo fuese llevado al convento de San José de Avila, que era su propia casa. *Pues que*, respondió la santa, *¿tengo yo acaso en este mundo casa alguna propia? ¿y no me darán aquí un poco de tierra para enterrarme?* La vispera de san Francisco pidió el santo viático; y juntando las manos, dijo á sus religiosas estas tiernas y últimas palabras: *Hijas mias y mis señoras, pídoles por amor de Dios que observen exactamente las reglas y las constituciones, y que no pongan los ojos en los ejemplos de esta indigna pecadora que está para morir; piensen solamente en perdonarla.* Luego que entró en su celda el Señor Sacramentado, dándole fuerzas el amor á Jesucristo, se incorporó por sí sola en la cama; inflamósele y animósele el semblante; y volviendo los ojos á Jesucristo, arrojando centellas de amor por ellos, exclamó: *Venid, Señor, venid, amado esposo; ya en fin llegó la hora, y voy á salir de este destierro. Tiempo es ya, y es muy justo que os vea despues que este ardiente deseo por tan largo tiempo me ha despedazado el corazon.* En fin, despues de haber recibido la extremauncion, repitiendo muchas veces estas palabras: *Yo soy hija de la Iglesia*, abiertos los ojos y fijos en un crucifijo que tenia en las manos, rindió dulcemente su alma en las de Dios el día 4 de octubre hácia las nueve de la noche del año 1582, á los setenta y siete de su edad, y á los veinte despues de la reforma.

En el mismo punto que espiró la santa se llenó su

celda de una exquisita fragancia, que se difundió por todo el convento. Remozósele el semblante, cubriéndose de un color fresco y encarnado, y desapareciendo todas las arrugas de la vejez. El día siguiente fué enterrado con grande solemnidad el santo cuerpo, dándosele sepultura entre las dos rejas del coro; de manera que, así las religiosas de adentro, como los seculares de afuera se podían consolar con que le tenían dentro de su jurisdicción. Aun antes de enterrarla manifestó Dios con grandes milagros la eminente santidad de su fidelísima sierva, y después cada día se continuaban en su sepulcro. El día 4 de julio del año siguiente se abrió la caja, que estaba hecha pedazos por el peso de las losas que le habían echado encima, por consiguiente llena de tierra y de humedad, la cual había podrido el hábito de la santa; pero su cuerpo se encontró tan entero, tan fresco, tan colorado y tan flexible como si estuviera vivo, exhalando un suavísimo olor que embalsamó toda la iglesia y todo el convento. Hallábase presente el provincial, quien le cortó la mano siniestra, y la envió al convento de Avila; después hizo poner al santo cuerpo un hábito nuevo; y encerrándole en otra nueva caja, mandó que le volvieran á su primera sepultura. Tres años después fué elevado de la tierra el santo cuerpo, y conducido á Avila, habiéndose encontrado tan entero y tan fresco como en la primera visita. En fin, el año de 1589 el papa Sixto V, á solicitud del duque de Alba, mandó que aquel precioso tesoro se restituyese al convento de Alba, donde se conserva hoy tan entero como el día de su muerte. Uno de sus piés fué enviado á Roma al convento de las carmelitas descalzas el año de 1615; y algunos años después Isabel de Francia, reina de España, y mujer de Felipe IV, logró un dedo de la santa que mandó engastar en un relicario de oro, y se le envió á su madre la reina doña María de Médicis, la

cual se le regaló á los carmelitas de París. Fué beatificada santa Teresa el año de 1614 por el papa Paulo V, y solemnemente canonizada el de 1622 por Gregorio XV.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alba, santa Teresa, virgen, madre y maestra de los carmelitas y de las carmelitas de la estrecha observancia.

En Roma, en la via Aureliana, san Fortunato, mártir.

En Colonia, la fiesta de trescientos bienaventurados mártires, que acabaron el curso de su combate en la persecucion de Maximiano.

En Cartago, san Agileo, mártir, en cuya fiesta san Agustín pronunció un discurso al pueblo en honor del santo.

En Prusia, san Brunon, obispo de los Rusos, y mártir, quien, predicando el Evangelio en aquel país, cayó en manos de los impíos, por quienes fué decapitado, habiéndole antes cortado los piés y las manos.

En Leon, san Antioco, obispo, quien, después de haber desempeñado valerosamente el cargo pontifical á que habia sido elevado, ganó el reino de los cielos.

En Tréveris, san Severo, obispo y confesor.

En Strasburgo, santa Aurela, virgen.

En Cracovia, santa Edwigis, duquesa de Polonia, quien no solo se entregó al cuidado de los pobres, sino que además brilló en milagros. El papa Clemente IV la puso en el número de los santos.

En Alemania, santa Tecla, abadesa.

En Marsella, san Canato, obispo de aquella ciudad, cuyo cuerpo se venera en la iglesia catedral.

Cerca de la puerta Dionisia en el Mans, san Leonar-